



THE HORUS HERESY®
SIEGE OF TERRA

LOS PERDIDOS Y LOS CONDENADOS

Guy Haley

minotauro

THE HORUS HERESY®
SIEGE OF TERRA

LOS PERDIDOS Y LOS CONDENADOS

Guy Haley

minotauro

Siege of Terra nº 02 Los perdidos y los condenados

Published by Black Library, 2019
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *The Lost and the Damned*

The Lost and the Damned, Siege of Terra nº 02 Los perdidos y los condenados, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2023
Imagen de cubierta: Neil Roberts

ISBN: 978-84-450-1509-4
Depósito legal: B. 13.420-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

—THE HORUS HERESY®— SIEGE OF TERRA

Una época legendaria

La galaxia está envuelta en llamas. La gloriosa visión que tenía el Emperador para la humanidad está destrozada. Su hijo más favorecido, Horus, ha dado la espalda a la luz de su padre y se ha entregado al Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Space Marines, se encuentran enfrentados en una brutal guerra civil. Antaño, esos guerreros definitivos lucharon para proteger la galaxia y llevar a la humanidad de regreso a la luz del Emperador. Ahora luchan entre sí.

Algunos siguen leales al Emperador, mientras que otros se han unido al Señor de la guerra. Por encima de todos destacan los primarcas, los comandantes de las legiones compuestas por miles de Space Marines. Son unos seres sobrehumanos, magníficos, que representan el logro culminante de la ciencia genética del Emperador. Lanzados al combate los unos contra los otros, nadie tiene la certeza de conseguir la victoria.

Los planetas arden. Horus logró dar un golpe terrible a los leales en Isstvan V y tres legiones fieles al Emperador quedaron prácticamente aniquiladas. La guerra ha comenzado, un enfrentamiento que sumirá a toda la humanidad en un fuego arrasador. La traición y el engaño han suplantado al honor y a la nobleza. Los asesinos acechan en cada sombra. Los ejércitos se organizan y reúnen. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne a su armada con la propia Terra como el objetivo de su ira. Sentado en su Trono Dorado, el Emperador espera a que regrese su hijo descarriado. Sin embargo, su verdadero enemigo es el Caos, una fuerza primigenia que ansía esclavizar a la humanidad bajo sus deseos caprichosos.

Los gritos de los inocentes y las súplicas de los justos resuenan junto a las risotadas crueles de los Dioses Oscuros. El sufrimiento y la perdición esperan a la humanidad si el Emperador fracasa y pierde la guerra.

El fin ha llegado. El firmamento se oscurece, y unos colosales ejércitos se reúnen. Para el destino del Mundo del Trono, para el destino de la propia humanidad... el Asedio de Terra ha comenzado.

UNO

Cuando la medianoche golpea
Bombardeo
Seguiremos en pie

Bastión Bhab, 13 de Secundus

En el decimotercer día de Secundus, el bombardeo empezó a caer sobre Terra.

El enemigo lanzó el primer proyectil deliberadamente contra el centro del Palacio Interior, el Sanctum Imperialis, donde se hallaban los aposentos del mismísimo Emperador. La bomba hizo sonar su canción de fuego tras destrozar la atmósfera del Himalazia y atravesar en su caída la tormenta furiosa del cañoneo antiaéreo y los rayos láser procedentes de las defensas imperiales. El asalto contra la flota del Señor de la Guerra era tan intenso que el proyectil casi pasó desapercibido. Su trayectoria fue breve, pues lo destruyó una red de rayos láser en cuanto las defensas lo detectaron.

Sin embargo, su presencia se notó.

El Pretoriano del Emperador observó su breve descenso con la expresión seria que lo caracterizaba. Junto a él, también fueron testigos del destello momentáneo dos personas más, otros dos poderosos señores del Imperio: el Gran Ángel y el Halcón Guerrero.

Estos tres gigantes con armadura estaban forjados en las llamas del conocimiento del pasado. Eran hermanos, por decirlo de algún modo, nacidos de la misma ciencia, del mismo genio inhumano.

El Pretoriano se llamaba Rogal Dorn. Llevaba una armadura dorada; tenía el cabello de un blanco reluciente y su rostro esculpido se mostraba

tan serio como el de cualquier otro patriarca de la larga historia de la humanidad, con una expresión que no daba lugar al compromiso.

Sanguinius, que era el nombre del Ángel, iba vestido con un color dorado tan brillante como la panoplia de Dorn, pues la armadura le cubría todo el cuerpo, excepto el rostro y las alas, cuyo color era blanco como la nieve. Era apuesto, un ser divino, la personificación de una criatura extraída del cielo para exiliarla al mundo mancillado de la humanidad. Este observaba el universo con un semblante triste.

El Halcón Guerrero vestía con un color blanco reluciente. El pueblo que lo había adoptado lo llamaba Jaghatai Khan: el primer nombre se lo habían otorgado por su pericia, el segundo, porque era su rey. Y él se había quedado con ambos nombres. Al igual que sus hermanos, no llevaba puesto el casco. Bajo una coleta alta, lucía una expresión orgullosa y salvaje siempre a punto de sonreír, aunque al mismo tiempo preocupada, como el firmamento al final del verano, cuando se atisban las nubes otoñales. Si buscaba la muerte, era por el mero hecho de reírse de ella.

—La medianoche, según lo consideraría el antiguo cálculo. La primera estocada de lanza simbólica —dijo el Khan—. Nuestro hermano pone de manifiesto su hostilidad hacia nosotros. Se trata de un desafío, de la promesa de que se hará con la victoria. Solíamos hacer lo mismo en Chogoris, cuando dos ejércitos se encontraban. Ese disparo ha sido para nosotros tres.

—Qué arrogante —comentó Sanguinius en voz baja.

—Horus siempre ha tenido ese don de la confianza, que le ha crecido exponencialmente durante estos años. Tiene demasiada seguridad en sí mismo. —El Khan se encogió de hombros, como si la caída del Señor de la Guerra hubiera sido algo inevitable. Su armadura gloriosa siseó y dejó escapar un silbido—. La arrogancia es un pariente cercano de la soberbia. Fracasaré por ello.

Dorn volvió su mirada hacia la Armada del Señor de la Guerra. No se habían juntado tantas naves del vacío en los cielos de Terra desde que la Principia Militaris se reunió en el inicio de la Gran Cruzada, y en ninguna ocasión habían llegado tantas naves hostiles. Los hijos de hierro de Terra habían regresado a su planeta de origen con el corazón lleno de intenciones asesinas, para llenar la cuna de la humanidad de odio. Aunque, por el momento, se estaban conteniendo, resistían el aluvión de explosivos y de energía violenta que se les lanzaba desde la superficie.

Miles y miles de naves llenaban cada órbita, tantas que sus luces ocultaban las estrellas y el sol, y transformaban el día y la noche en un brillo de guerra rojo, turbio y eterno, iluminado a su vez por destellos salvajes. Los escudos del vacío paraban el ataque que se producía desde el Palacio y arrojaban unos colores impíos por la atmósfera superior en tal cantidad que rodeaban el planeta con unas auroras viles.

Las campanas sonaban desde cada torre del Palacio. Las sirenas gemían. Las alarmas retumbaban. La artillería no dejaba de disparar en un martilleo asíncrono. El firmamento crepitaba y estallaba con cada poderosa descarga de las armas. Las defensas del Palacio habían estado disparando desde el momento en que las naves se habían adentrado hasta situarse en un radio de alcance efectivo, y la flota era tan densa que los defensores no podían fallar ni un solo tiro. Mientras los hermanos observaban el cielo, una nave quedó destrozada y soltó fragmentos de metralla.

La respuesta del enemigo había sido aquel único proyectil.

—¿A qué esperas? —preguntó Dorn en voz baja. Las murallas del Bastión Bhab estaban vacías, salvo por los tres hermanos. La pregunta solo la formuló por decir algo, pues últimamente le había dado la sensación de que se quedaba en silencio en demasiadas ocasiones—. Ven hacia nosotros. Lánzate contra nuestros muros y perece en el intento.

—Ya ha dejado de esperar —dijo Sanguinius. Su voz, otrora melodiosa, sonaba forzada—. Ha comenzado. —Alzó una mano y señaló.

El cielo relució mil millones de veces cuando cada nave de la flota habló al unísono. «El Emperador caerá», parecía decir aquel patrón de luz. «Hemos venido a sumiros en la ruina.»

—Cada guerra que he presenciado ha tenido una belleza oculta —comentó el Khan—, pero he sido testigo de pocos paisajes más fascinantes que este.

—Una belleza pasajera —dijo Dorn—. Por no decir letal.

Los proyectiles alcanzaron la atmósfera superior, donde trazaron unas líneas que ardían en el firmamento.

—Todo es pasajero —repuso el Khan—. La vida es breve y está llena de desolación. Se debe estrujar cada momento hasta que no quede ni una gota y beber de la experiencia que ofrece, sea buena o mala.

El espacio por encima del Palacio estaba lleno de los arcos de los proyectiles que descendían, acompañados de las líneas rectas de los disparos láser que surgían hacia arriba. El aire temblaba con la materia que caía desde el vacío. Unas reverberaciones atronadoras resonaban desde las cimas de los macizos del Himalazia y se dejaban oír por todo

el mundo, porque lo cubrían de sonido incluso antes de que detonara el primer proyectil.

—¿Cómo puedes verle un lado bueno a todo esto? —le preguntó Sanguinius al Khan. Cuando se volvió para mirar al Halcón Guerrero, los primeros proyectiles estallaron por encima de la placa orbital Empírea, el último de los satélites artificiales de Terra. Flotaba bajo en el horizonte, cerca del Palacio Imperial, gracias a las enormes matrices de motores gravitatorios que funcionaban en todo momento para mantenerlo a flote. Los proyectiles explotaron sin causar ningún daño, dado que los escudos del vacío desviaron su furia hacia la disformidad. La cúpula del escudo protector de la placa brilló por aquella energía siniestra.

—La alegría es un acto de desafío —contestó el Khan—. Si nos regocijamos en la alegría, ganaremos, incluso si perdemos. Haber vivido bien es una victoria en sí misma, pues todos morimos. La muerte carece de importancia para el guerrero que se ríe. Un poeta hace que la tragedia sea gloriosa. Así lo veo.

Los proyectiles golpearon los escudos principales unos segundos después de impactar contra Empírea. La égida estaba forjada mediante un conocimiento ancestral que los sacerdotes marcianos protegían con recelo. Los escudos del vacío que la formaban reaccionaron y cubrieron el firmamento de fuego. Tormentas de llamas soltaron un complejo entramado de rayos y el Palacio tembló por el esfuerzo de las máquinas ocultas cuando salas enteras de generadores trataron de retener el bombardeo para que no alcanzara las cimas de la ciudad. Más allá de la protección de la égida, el suelo se hundió, unas torres de fuego nuclear surgieron hacia el cielo desde cada horizonte, y los temblores sacudieron el planeta entero. Conforme caía la primera ronda de proyectiles, los cañones de energía de la flota cobraron vida y lanzaron conductos de luz ardiente y riachuelos de plasma hacia abajo, de modo que los escudos del vacío danzaron y las naves desaparecieron de la vista.

El Pretoriano del Emperador observó el infierno en que se había convertido el firmamento. Centró la mirada en un punto más allá de la flota, en las profundidades del vacío oculto, como si fuera capaz de ver detrás de los confines del Sistema Solar y el universo material, hacia la disformidad, donde las flotas de Roboute Guilliman se dirigían a toda prisa hacia el Mundo del Trono. Se aferró con fuerza al borde del parapeto con sus guanteletes.

—No caeremos —dijo, con toda la certeza del mundo—. Seguiremos en pie.

A miles de kilómetros de distancia, en una tierra en la que el viento gélido atravesaba cimas de montañas desnudas, otros ojos observaban el cielo. Desde Altái, el Palacio era un brillo que se reflejaba en el firmamento. Pese a que la curvatura de Terra ocultaba tanto el Palacio como las montañas que este usurpaba, el hogar del Emperador dominaba el planeta. Uno siempre sabía dónde estaba por muy lejos que se encontrara, pues, en un imperio formado por un millón de sistemas, Terra era un lugar muy pequeño.

La flota de Horus nadaba por encima del brillo de la ciudad, como chispas por encima de incendios forestales lejanos. Para los vigías de la montaña, el primer proyectil cayó desde el cielo de forma muy visible, en una trayectoria brillante, como de lágrima. Y brilló con más intensidad todavía en las largas lentes con rendijas de los magnoculares de alta potencia.

Myzmadra se apartó los magnoculares de las lentes de su máscara. Ambos dispositivos funcionaban en conjunto para aprovecharse de la luz y le acercaban tanto la imagen que casi creía notar el calor de la reentrada del proyectil. Sin embargo, apartarse los magnoculares le arrebató esa ilusión, y le dio un escalofrío a pesar de que llevaba una capa muy voluminosa por encima de su traje interior. Unas ráfagas de aire, ya sin oxígeno, surgieron de sus puertos de respiración formando remolinos de niebla.

—¿Es esa la señal? —Ashul no notaba el frío como ella y toleraba mejor la gran altitud, por lo que no llevaba máscara. Su ojo izquierdo estaba cerrado con delicadeza, y el derecho, colocado en la mira de su rifle de francotirador láser para observar cómo descendía el proyectil hasta quedar destrozado bajo los rayos antiaéreos.

—Podría decirse que sí —repuso ella—. Tenemos que ser rápidos, Altái está muy lejos del sur de Himalazia.

La montaña que presidía el valle tenía un fragmento de forma cuadrada donde la arrancada era perfecta. En el fondo de ese cuadrado que el sol nunca alcanzaba había una ciudad minera construida alrededor de una parada de monorraíl, y en aquellos momentos estaba llena a reborde de personas que habían reunido en el último acto de reclutamiento.

—No habrá más trenes después de este —dijo Ashul.

La luz cegadora que emitían las altas torres de lúmenes de la ciudad iluminaba a cada individuo de la muchedumbre con tanta claridad como las rocas del desierto bajo el sol de mediodía. Ashul pasó la mirada sobre

ellos y calculó, distraído, la difracción de los rayos y la dificultad para matarlos desde donde se encontraba.

—¿Podrás conseguir meternos ahí? —preguntó él.

—¿Crees que no? —respondió Myzmadra.

Por encima del Palacio, el bombardeo comenzó de verdad. El cielo destelló y el suelo se sacudió.

—En algún momento se nos tiene que acabar la buena suerte —dijo Ashul, encogiéndose de hombros. Para sus adentros, creía que su buena suerte se había agotado cuando los habían mandado de vuelta a Terra. Tiempo atrás, había cometido el error de comentárselo a Myzmadra—. No dejan de llegar órdenes, pero los recursos escasean. Y ahora llega el final. —Hizo un ademán hacia el falso amanecer que había creado el bombardeo—. Esta es nuestra última misión. Nos atraparán o moriremos en el fuego cruzado.

—¿Acaso te importa? —quiso saber Myzmadra. Ashul volvió a encogerse de hombros, cínico como él solo.

—Todavía creo en la legión, si es eso lo que preguntas.

—No lo era. —Myzmadra se despojó de todo lo que llevaba: capa, compartimentos y armas. Lo hizo de forma metódica, y solo cuando se hubo quitado el traje interior empezó a darse más prisa. En el brillo que surgía de la ciudad, su cuerpo desnudo quedó iluminado en un relieve tan pronunciado como las montañas Altái: cimas de músculo con valles profundos entre ellas. Se le puso la piel de gallina. Ashul reparó en que todo el mundo tenía una debilidad: pasar frío era la de Myzmadra, y la de él era ella.

—¿Te importa morir? —le preguntó ella.

Ashul habría preferido que no lo hubiera dicho de forma tan brusca.

—Claro que me importa, aunque creía que me iba a dar igual —admitió Ashul—. La muerte, cuando es un concepto abstracto, es un compañero más amable que la muerte en persona. Y ahora me está respirando en la nuca.

Myzmadra se quedó con la máscara puesta, porque cualquiera que pudiera tener una en las Altái la llevaba. Eran un bien relativamente común, a pesar de lo caras que eran. Sacó de una mochila un traje como el que llevaban los obreros, además de una chaqueta pesada que le llegaba a la cintura. Le dio un escalofrío mientras se volvía a vestir. El traje interior la aislaba del frío con mayor eficiencia que el uniforme de obrera.

—Ahora tienes miedo —dijo ella.

—No soy cobarde —se defendió Ashul—. Todos moriremos en un momento u otro. Y sigo contigo. Me has hecho una pregunta, y yo te

he contestado. No quiero morir, pero moriré si así debe ser. Preferiría que no fuera en vano.

—Y no lo será.

—A todo esto, ¿cuáles son nuestras órdenes?

—Nos han dejado las manos libres —repuso ella—. Caos. Algo encontraremos.

—¿Tú crees? —preguntó él, sin ánimo en la voz.

Myzmadra le dedicó una mirada que había pasado a conocer muy bien. Por supuesto, su expresión era invisible bajo la máscara, pero aquella mirada estaba allí, tallada en su rostro. Lo sabía por cómo ladeaba la cabeza, por su tono de voz.

—Limítate a hacer tu trabajo, Ashul.

Ashul se puso de pie y se sacudió el polvo de las rodillas. Su medidor de radiación emitió cinco chasquidos lentos; las montañas estaban repletas de radiación residual a causa de alguna de las guerras olvidadas de Terra. Había leído, a saber en qué libro, que aquella región solía ser bastante bella: una tierra de ríos, bosques y estepas. Pero no se creía que semejante desierto helado pudiera haber sido cualquier otra cosa que lo que era en aquellos momentos. Ni siquiera era capaz de imaginárselo. Ese era el problema que tenía siempre, según él lo veía. Carecía de imaginación. Era por eso que nunca había creído en el Emperador.

—Eso haré —repuso. Dejó atrás su rifle con pesar. Era una buena arma.

Sus demás posesiones, una pistola de repetición, un cuchillo, raciones y demás, eran lo bastante comunes como para que los otros creyeran que podían pertenecer a un minero de tierra.

Envolvieron sus pertenencias en plastek antes de introducir las en una grieta de la roca y colocarles piedras encima. Pese a que no iban a volver a por ellas y a que nadie iba a encontrar el escondite, era difícil desprenderse de las costumbres de siempre.

—De Alfa a Omega —dijo Ashul.

—De Alfa a Omega —repuso ella.

Bajaron a escondidas por la montaña. El lugar de encuentro parecía temblar por la tensión, y los pocos oficiales que había no lograban mantener el orden. Todos estaban asustados. Ningún habitante de Terra había dormido a pierna suelta desde hacía varios meses debido a unas pesadillas infernales que asediaban el sueño de todo el mundo.

La muchedumbre, llena de enfado y miedo, absorbió a Ashul y a Myzmadra sin percatarse de su presencia.